

“El linaje” y “El enemigo - Ejemplo”

Ma del Mar Novo Díaz

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

1.- “EL LINAJE”: EL RESCATE DE UN CUENTO DE ESPECTROS Y MUERTE DE PARDO BAZÁN

Cuando doña Emilia publica en *Álbum Salón* el cuento que es objeto de este rescate está, como quien dice, empezando su labor como cuentista. Corre el año 1898, y todavía le quedan varios lustros en los que reflejará su gran maestría como escritora de relatos breves. Bien es cierto que “El linaje” no tiene nada que envidiar al que será su último cuento, “El árbol rosa”, que se publica al día siguiente de su muerte, es decir el 13 de mayo de 1921.

Álbum Salón, Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte¹, es una publicación que se puede calificar como lujosa, es la primera revista ilustrada en color, se publica en Barcelona y su director y propietario es Miguel Seguí, sale a la calle con un precio de cuatro reales. Entre sus colaboradores se encuentran nombres como Leopoldo Alas (*Clarín*), Vicente Blasco Ibáñez, José Echegaray, Marcelino Menéndez y Pelayo, Juan Valera; pintores y dibujantes como Arturo Serriñá, Joaquín Sorolla, Santiago Rusiñol o Méndez Bringa. No es la primera vez que se rescatan textos de doña Emilia de *Álbum Salón*, pueden verse Patiño Eirín (*Moenia* 1998: 153-157), Bonet y Patiño Eirín (*Salina* 2003: 119-136), y yo misma, si bien en este caso no es un texto desconocido, sino una versión diferente de otro, “La boda”: Novo Díaz (*Moenia* 2002: 113-122)².

“El linaje” sale a la luz el 1 de noviembre de 1898, fecha dedicada al recuerdo de los difuntos. Este número 29 de *Álbum Salón* tiene en cuenta este dato a la hora de seleccionar los trabajos que se reproducen: así, “¡Yazgan en paz!” de Francisco Gras y Elías, “El día de difuntos” de Rafael del Castillo,

¹ Véase, para una descripción más detallada de esta cabecera, el epígrafe titulado “Una publicación modernista” en Bonet y Patiño Eirín, 2003: 119-120 y *passim*.

² Patiño Eirín: “Siete textos olvidados de Emilia Pardo Bazán”, en él rescata: “Crisantemos”, “Español y parisiense”, “Hermosura secular”, “El telégrafo soñado”, “Literatura popular”, “Vértigo”. Bonet y Patiño Eirín “Paz letal, un artículo olvidado de Emilia Pardo Bazán” y Novo Díaz: “Boda’ y ‘La Boda’, dos versiones de un mismo cuento de Emilia Pardo Bazán”.

“La fiesta de los muertos” de Antonio Astort o el propio cuento de doña Emilia, “El linaje”. Parece responder a un encargo circunstancial, pues no es este un tema predominante, tal como funciona aquí, en los cuentos de la escritora coruñesa. La muerte aparece en varios de sus cuentos pero no como protagonista. Aquí son los muertos los que influyen en los vivos, los que dirigen su vida, los que unen una pareja que, en un principio, creemos rota al morirse el único lazo que los unía: su hijo. Los retratos de los antepasados cobran vida, salen de sus marcos y conversan en la habitación del difunto, mientras la madre duerme encima de la tumba del niño.

Debemos destacar las dos ilustraciones que acompañan el texto que nos muestran a la perfección el escenario en que se desarrolla el relato: la madre dormida con la cabeza recostada en el almohadón en que descansa la cabeza de su hijo, los retratos de los antepasados, altos blandones en candelabros que iluminan la estancia, el ataúd blanco donde descansa el niño muerto, la abuela saliendo del marco para depositar la rosa sobre el seno de la madre dormida. En la segunda ilustración parece reproducirse al militar que muere de un balazo al luchar por recuperar el castillo a los ingleses.

Nos sorprende el cuento con un final feliz. Al principio, se nos invita a pensar en la separación del matrimonio; nada los une, el hijo se ha muerto (“Al perderle, lo había perdido todo, hasta la sonrisa misteriosa y prometedora que el porvenir tiene para los más desventurados...”), se califica al esposo como “inconstante, ingrato y libertino; por el niño se prometía reconquistar al padre, convertirle otra vez al hogar y al afecto”. El narrador conduce nuestra mente hacia una dirección, la separación. Entran en acción los antepasados, que contrariamente a la madre no se rinden, luchan y deciden cómo reparar esa relación con la única idea de que no se extinga el linaje de Saldaña. La lucha entre ficción y realidad se mantiene hasta el final: “Marido y mujer, con impulso irreflexivo, se echaron en brazos el uno del otro, mientras los viejos retratos se hacían, en la obscuridad, señas disimuladas”. Una rosa los une, cumpliéndose lo augurado por la abuela: “Él va a llegar, desconsolado por la muerte de su hijo”. Queda, pues, abierta la puerta a la reconciliación.

A continuación reproducimos el cuento en su publicación en la revista barcelonesa, que hemos localizado en el Seminario Diocesano de Lugo³,

³ Como en su momento hice constar en el Trabajo de Investigación Tutelado por la profesora Cristina Patiño Eirín “Emilia Pardo Bazán en las bibliotecas de Lugo”, defendido en junio de 2004 y que obtuvo la calificación de Sobresaliente de un Tribunal que conformaron los profesores José Manuel González Herrán y Ermitas Penas Varela.

seguido de la transcripción del texto adaptando la puntuación a la normativa actual.

342

LA FIESTA DE LOS MUERTOS

CUMPLES ahora nueve siglos que fué instituida la fiesta que la Iglesia celebra en conmemoración de los muertos de la comunión católica. En el año 908 la instituyó Odón, Abad de Cluny, y después se hizo general en toda la cristiandad.

Sobrio teólogo, poeta y hagiógrafo, San Odón murió en 1048 a los 86 años de edad, muy honrado de los monarcas de su tiempo.

La fiesta religiosa por él instituida, es venerada por la gran familia cristiana, y vivirá cuanto viva en la conciencia humana el germen del evangelio precepto que dice: *ama a tu prójimo como a ti mismo*.

La sociedad cristiana, traduciendo en infinitas combinaciones empíricas este mandado, ha señalado un día solemne dial en que la idea de la vida finita se confunde con la idea de la muerte misteriosa.

Nada tan imponente como el espectáculo de la vida postrada ante la muerte; nada tan grande como el recuerdo del ser perdido, ni posible es concebir pensamientos tan regeneradores como los dirigidos a las vagas regiones de la abstracta eternidad.

Un día 2 de Noviembre sale yo del cementerio de un pueblo edificadísimo en las frondosas orillas del río Paraguay. El crepúsculo vespertino acentuaba los tonos de melancolía dibujados a la sazón en aquella majestuosa naturaleza, y muy singularmente en el recinto de la necrópolis que, como día de difuntos, aparecía engalanada con infinitad de flores silvestres y de luces mortecinas, las cuales ardían y lentamente se apagaban enfrente de las losas. Así también se quena y se apaga la existencia, me dije, llevando, no se por qué, mis impresiones de tal momento a una teoría de física sentada por Lavoisier. Y esto pensando, fijeme en una pobre mujer, uno de los pocos rezagados que allí quedábamos, que, inclinada delante de tosca cruz de madera, lloraba en silencio.

Dirigi mis pasos hacia ella.

—¡Ah, señor!—me dijo con entrecortado acento y mirándome con mirada acorralada—éste que cubre la tierra que riego con mis lágrimas, era mi hijo; mi hijo que en edad florida murió de artera e implacable enfermedad. Cuando niño, retozaba por estos bosques, cogía hojas de pino y abeto, y contento de su obra, me decía alborozado: «todas son para padre». Luego me pedía que le acompañase a este mismo campamento, a lo cual yo solía acceder; y ambos veníamos a saludar el lugar donde reposan los huesos de mi marido. Hoy, que no puede entregarse a sus costumbres predilectas, suplico con amor su ausencia, depositando sobre la tumba del padre y la del hijo las frescas flores de la llanura y las calidas lágrimas de mis ojos.

Esto dicho, la mujer continuó su llanto y sus rezos.

Y yo, impresionado por relato tan conmovedor como sencillo, me alejé de aquel sitio de dolor, pensando en el Abad de Cluny y en la iglesia, en los que fueron... y en lo que somos.

ANTONIO ASTORT

LA REDENCIÓN

I

PRIVADO desde niño de toda comodidad, de todo medio de estudio, a pesar de sentirse fuerte e inteligente, conocí muy temprano la ciencia de la vida y fué hombre en la edad en que otros no han salido aún de la infancia. En el aprendizaje de la existencia perdió su corazón, la bondad nativa y las ilusiones que son patrimonio de la juventud. Aprendió a calcular su cerebro y a ver todas las cosas por el lado práctico. Supo que la fortuna y el saber daban únicamente la libertad de que estaba sediento. Para alcanzar esa libertad, estudió sin descanso en la edad viril; y llegó a sentir conflictivo el saber e inteligencia, para sobresalir del común masero. Pero entonces, cuando se sintió armado de todas armas; cuando estuvo en disposición de emprender la lucha, topó con una dificultad tremenda: la suerte le había vuelto la espalda, y cuantos negocios emprendía le resultaban mal; todos sus planes salían fallidos. Tenía el dinero al alcance de su mano, su brillo crecaba los ojos, sentía que un solo esfuerzo le pondría en posesión de la riqueza anhelada, veía como otros hombres más afortunados se enriquecían; pero cuando, á su vez, tentaba el esfuerzo supremo, cuando alargaba el brazo, huía el oro como visión de espejismo; y, nuevo Atalanta, comprendía que jamás sus labios podrían tocar la cristalina corriente que debía calmar su devoradora sed.

Durante años y años combatió denodadamente, gastando lo mejor de sus fuerzas en la empeñada batalla; y siempre quedó vencido desde el principio de la lucha. Su instrucción y su inteligencia servíanle de torcedor implacable, y á poder arrancarle las amarras, lo hubiese hecho con gusto. Comprendía que eran ellas las que le quitaban la bienaventurada paz de que gozan los ignorantes y los pobres de espíritu. Mas comprendía también que, por el camino recto, á la luz del sol, jamás podría vencer la implacable fatalidad que sobre él pesaba.

Un día, sintió el odio y le envilía que precipitaran á Luzbel al abismo, y... sin vacilar, creyendo que el remordimiento y la conciencia sólo hablan en las naturalezas débiles; libre de todo temor, fuerte y osado, siguió el camino del mal. Conocía las leyes, y las supo eludir con destreza; conocía á los hombres, y les engañó á su gusto. Por torcidas veredas, allá donde sientan su pie los réprobos, entre el silencio y la obscuridad, prosiguió su camino; y avanzó, avanzó sin tréguas ni descansos; subió, subió sin cansancio; y de repente, se encontró en la altura.

Sereno, aníaz, á prueba de vértigos, se irguió orgulloso. Estaba realizado su sueño. Más alto que él no había nadie. Brillaba con soberano esplendor su inteligencia; aclamábale la multitud de los que á trastras subían á donde él llegara. La voluntad omnipotente había vencido á la enemiga pertinaz de la contraria suerte. Era poderoso y se creyó feliz.

Pero del fondo valle subía un clamor doloroso, un *misereere* espeluznante. Entre el fragor de la lucha implacable, continua, sangrienta, se escuchaban los ayes del vencido que caía para no levantarse más. El hombre miró hacia abajo y se sintió horrorizado. Por entre las quebradas del monte serpenteaba una senda abierta entre la seña oscura. Aquel camino es el que había seguido para llegar á la cuspide; y en él quedaban, como huellas malditas de su paso, hombres que agonizaban, luchando desesperadamente contra el hambre que mata, contra la miseria que empuja, contra la deshonra que atoaiga. Y todos aquellos seres, heridos por su mano, estaban condenados á definitiva perdición. Para abrir camino, para escalar la altura, él les había herido de muerte, les había precipitado al abismo, que no devuelve la presa, él les había hundido para siempre. Y todos ellos, volviendo hacia él triunfador sus rostros lívidos o sangrientos, contraían su boca, murmurando una maldición suprema. Para colmo de horror, estaba solo, no tenía quien le consolara. El aire de aquel espacio era mortal para pulmones menos robustos que los suyos, y la grandeza y la soledad le rodeaban, le oprimían, le desesperaban.

El sueño huyó de sus ojos; la paz, de su conciencia; la lucidez de visión, de su mente. Y de día y de noche, sin tréguas ni descansos, veía los doloridos rostros de sus víctimas que le increpaban y le maldicían.

II

Como un alud formidable se precipitó al valle. Quiso de nuevo ser hombre. Pero la calma no volvió á su espíritu.

Reinaba gran miseria en una comarca. A ella voló, y á manos llenas repartió su fortuna, conociendo otra vez los tormentos de la pobreza; mas no podía alcanzar el perdón de su culpa.

Una epidemia espantosa arrelataba miles de vidas en el desconocido Oriente. Allí acudió el hombre á huzo pródigios de caridad, salvando cientos de existencias, sin pensar siquiera que exponía la suya. Pero el mal no le había perdonado.

Un pueblo infeliz gemía bajo la tiranía de un depota. Envió, fuerte, inteligente, infundido en las venas de los oprimidos el calor generoso que ardía en las suyas; fué caudillo de la empeñada lid y el tirano... morido el polvo y el hombre recibió las bendiciones de cuantos le debían su libertad y su bienestar. Pero la redención no llegaba, y el mal le oprimía sin descanso.

Una noche, solo y á pie, atravesaba un pinar. La nieve caía sin interrupción, y un viento fuerte y glacial la helaba sobre el suelo. Sonaba á lo lejos un coro de ahullidos. Eran los lobos que hacían un ojo. De repente, una rabosa despavorida llegó como una flecha hasta donde estaba el hombre. Venía herida y los lobos la perseguían. El hombre la amparó con su cuerpo. Vigoroso, ágil y bien armado puso en huída á sus enemigos; pero éstos le habían mordido cruelmente y la sangre se escarpaba por las heridas. El hombre cayó de rodillas; la rabosa lamía sus sangrientas heridas. Comprendió el peligro que corría; quiso levantarse... y no pudo. El carnicero por el librado de una muerte cierta, seguía bebiendo su sangre... y si ésta no manaba en abundancia, con sus agudos dientes desgarraba la piel.

Cuando llegó la muerte, el hombre sintió que la redención llegaba con ella; y en el fondo del valle y del bosque recobró la paz que perdiera en la altura.

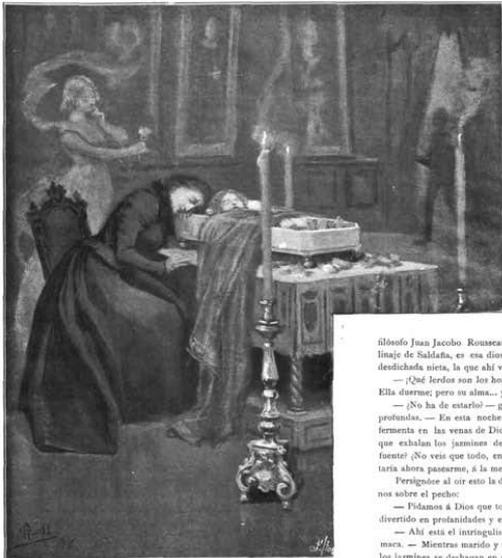
A. RIBRA

EL LINAJE

UNA noche había caído, envolviendo en sombras el arrogante castillo señorial, confundiendo los árboles de sus jardines y parques, y prestado suaves y plañideras meigas al sentir y gotas de sus fuentes de mármol. Díjose que floraba, en aquella placida y serena noche de Junio; y era que las lágrimas de la madre, velando en el inmenso salón el cuerpo del hijo que acababa de morir, iban sin dala, llevadas por la suave brisa, á confundirse con hilitos de agua, tan rientes á la luz, tan quejumbrosos ahora...

Velaba la madre—ella sola, pues no había querido consentir que la acompañase nadie, al rendir el postrer tributo de amor y de dolor al único fruto de sus entrañas.—Altos llanones, en candores de plata azules, alumbraban apenas la parte del salón en que, dentro del blasco asial y sobre extendido pasto heráldico, bordado de históricos blasones, yacía el niño, del mismo color de la cera que se consumía en los bucleros. La madre, arrodillada, sostenía, sin fuerza para sostener, fatigada así que instante resignación, y no podía contentarse su desesperado llanto. Era la criatura que acababa de expirar, é á la vez su consuelo y su esperanza: con el niño al lado, sentía menos la soledad y el abandono en que la dejaba un esposo inconstante, ingrato y libertinos; por el niño se prometía resignar al padre, convertirse otra vez al hogar y al afecto. Al perderle, lo había perdido todo, hasta la sonrisa misteriosa y prometedora que el porvenir tiene para los más desventurados...

Poco á poco, la fatiga y el exceso de la pena trajeron una reacción inevitable: los nervios agotados y el cuerpo rendido por larga y trabajosa asistencia dijeron que más no podían; la materia sonó inicialmente de un trímulo, y la madre, recordando la frente al borde del almohadón en que descansaba la cabeza inerte de su hijo, se quedó dormida, con sueño de plomo, con letargo mortal...



En medio del alto silencio que en el salón reinaba, un gran reloj de caja de lata y ricos adornos de bronce, trepidó y dió pausadamente, con infinita majestad, doce campanadas. Al punto, una claridad fantástica, tal vez de la luna que desgarraba su velo de nubes, iluminó vagamente las paredes del salón, cubiertas de retratos antiguos, insignias de los antepasados. Ninguno de ellos vestía la armadura medieval: eran personajes de época más reciente: á lo sumo del siglo décimo séptimo; habíalos de encorcalada pollina y aristocrática ventera, de casacañ y bordada chupa, y de trac azul, alto corbatín y peinado pentágulo, el típico de la época romántica. En consonancia estaban las señoras de mujer, ya severas en el puntado del *Habitado*, ya coquetonas y rientes bajo la fina nube del empolvado erizado. Sin embargo, al momento en que los hubo la claridad incierta, al acabar de disiparse la vibración de la duodécima campanada, todas las caras aparecieron expresando grave cuidado y honda tristeza. Las damas del siglo XVIII hacían ademán de secarse con el pañuelito de encaje los ojos... Las del mismo siglo! los alababan al cielo: las de los tiempos tirabuzones, las jorgesandinas, suspiraban...

Un caballero de Santiago, fué el primero que habló, en acento opaco y sepulcral, para decir fatidicamente:

— ¡Se ha extinguido nuestro linaje!
 Un murmullo cortó por los ámbitos de la estancia... Los antepasados repetían la frase: «Nuestro linaje se ha extinguido...» De pronto, se destacó la voz aguda de un viejecillo de coleta y chorrera de encaje; el cual, después de aspirar una pulsera de tabaco, exclamaba:

— ¡Y por qué se ha de extinguir! Esa dama que durmie ahí es joven!
 — ¡Y joven también y muy real mero su marido; mi tataranieto! — aprobó una abuelita de manifiesta torcaza y parches de tocacana en las sienes.

Algunas risitas mal sofocadas salieron del grupo de los erizones. Y otra ascendiente más remota, de toca y grueso rosario, promueví, escandalizada y afligida:

— No es caso de risa, á fe... Extinguiese el linaje y estado de Saldaña! Recemos, recemos para que Nuestro Señor no permita semejante desventura... Porque ese linaje no decaese de su esplendor, para dejárselo todo á mi hermano el mayorazgo, entré yo en las Comendadoras, á los quince de mi edad...

— Y por las mismas razones — declaró una dama de vestido azul, con tocado de plumas — me desparé yo á los diecinueve con mi calzone tío, el duque de Ottona...

— Y yo — exclamó un militar de tricorneo, casaca blanca y solapas rojas — fuí muerto de un balazo al tratar de recobrar gloriosamente de los ingleses el castillo de San Felipe, en Fuertemahón!

— Y yo — murmuró un livido figurón de gollia, chapado como una lechusa — por acercarme la hacienda y bienes de Saldaña, me impuse una economía tan sólida, y viví con tal estrechez, que dieron los villanos en repetir la conseja de que parecí de hambre... Á mi cacería se encontró un arcón repleto de oro... y en mi archivo, las obligaciones de hurtas propiedades de acreedores míos, propiedades que pasaron á la casa de Saldaña lindamente, y la levantaron en peso...

— Mala manera de dar lustre á un linaje — rezongó ceñado el héroe de San Felipe.

— Buenas son todas, señor sobrino, que nunca hubiera oprimientos si fallaran avarientos — refunfuñó el personaje sombrío y livido.

— Señores míos — intervino el viejecillo de la coleta, volviendo á destapar su cajita de oro y á rellenar las narices de cuacaracho — todo eso me parece óptimo; el sacrificio de las mujeres, el heroísmo de los militares, la austeridad y modestia de los propietarios, y, aunque me está mal jactarme, la habilidad y buen gobierno de los sucesores que, como yo, beneficiaron el caudal con innovaciones y empresas salidas. Pero hay una cosa superior al esfuerzo humano, y es la sacra naturaleza, como decís mi predilecto filósofo Juan Jacobo Rousseau... Y lo único que puede hoy evitar la extinción del linaje de Saldaña, es esa diosa universal, agitando dulcemente el alma de nuestra desdichada nieta, la que ahí veis atargada, cerca del cadáver del niño...

— ¡Qué herida son los hombres! — murmuró picaramente la del traje azul. — Ella duerme; pero su alma... ya sé yo que despierta está, y despiértina.

— ¡No ha de estarlo! — gritó con furgo, la romántica de los bucles y las ojeras profundas. — En esta noche admirable, poética y divina, el mozo de la juventud firmante en las venas de Dios, como cantó el gran poeta, ¡No tenía la fragancia que exhalan los jasmínes de los condeses! ¡No percibía el blando gemido de la fuente! ¡No veis que todo, en derredor, se estremece y palpita! ¡Ah! ¡Cómo me gustaría ahora pasarme, á la melancólica luz de la luna!

Persegúese al oír esto la de la toca y el rosario, y murmuró, cruzando ambas manos sobre el pecho:

— Fídanos á Dios que toque en el corazón al esposo de nuestra nieta, que anda divertido en profanidades y en livianos amores.

— Ahí está el intriguista... chilló tosiendo la abuelita de los parches de tocacana. — Mientras marido y mujer vayan cada cual por su lado, así brille la luna y los jasmínes se desluzgan en aroma...

Tomó en esto la palabra, una dama, hasta entonces silenciosa; una beatidad de denudos brazos y busto espléndido, de blanca túnica y faja roja, bordada de oro, cubriendo el corto talle, de cabeza que adornaba una profusión de negros rizos; y aspirando lángidamente la rosa nunca marchita que desde hacía tantos años llevaba en la mano, moribunda y salpicada de hemojos, estornando un quejido fechadoro, emitió opinión como sigue:

— Si es cierto que los descendientes llevan siempre en la sangre á un antecesor, pide que ahora me ceñan todos su puesto y me permitan á mi vez poblarlos á esa poblecilla... Su marido es un tronera y un descastado; pero ella, por su parte, es una inocente; no conoce el filtro; ignora los ritos y los conjuros por cuyo medio se enciende la inextinguible tea... Díganse á mí... El va á llegar, desconsolado por la muerte del hijo... Yo haré que no se extinga el linaje de Saldaña!

Convinieron todos, hasta la mística monja de la toca y el gordo rosario; y la hermosa abuela, desprendiéndose del marco, atravesó el salón, y, sonriendo, depositó la rosa sobre el seno de la madre dormida. Volvió la claridad de la luna; ardieron más amarillos los blandones; la sombra envolvió á los retratos; abriose la puerta del salón, y un gallardo caballero, con paso ríspido, se dirigió hacia el ático.

Despertó la esposa sobresaltada, y reconoció á su esposo, al ingrato, al inconstante. Una palabra de amor entreabrió sus labios secos de calambra; una chipa de gusno brilló en sus ojos quemados de llorar. Marido y mujer, con impulso irreflexivo, se echaron en brazos el uno del otro, mientras los viejos retratos se hacían, en la obscuridad, señas disimuladas.



EMILIA PARDO BAZÁN

EL LINAJE

La noche había caído, envolviendo en sombras el arrogante castillo señorial, confundiendo los términos de sus jardines y parques, y prestando nueva y plañidera música al surtir y gotear de sus fuentes de mármol. Dijérase que lloraban, en aquella plácida y serena noche de Junio; y era que las lágrimas de la madre, velando en el inmenso salón el cuerpo del hijo que acababa de morir, iban sin duda, llevadas por la suave brisa, a confundirse con hilitos de agua, tan rientes a la luz, tan quejumbrosa ahora...

Velaba la madre —ella sola, pues no había querido consentir que la acompañase nadie, al rendir el postrer tributo de amor y de dolor al único fruto de sus entrañas. —Altos blandones, en candeleros de plata antigua, alumbraban apenas la parte del salón en que, dentro del blanco ataúd y sobre extendido paño heráldico, bordado de históricos blasones, yacía el niño, del mismo color de la cera que se consumía en los hacheros. La madre, arrodillada, sollozaba, sin fuerzas para orar; faltábale en aquel instante resignación, y no podía contener su desesperado llanto. Era la criatura que acababa de expirar, a la vez su consuelo y su esperanza: con el niño al lado, sentía menos la soledad y el abandono en que la dejaba un esposo inconstante, ingrato y libertino; por el niño se prometía reconquistar al padre, convertirle otra vez al hogar y al afecto. Al perderle, lo había perdido todo, hasta la sonrisa misteriosa y prometedora que el porvenir tiene para los más desventurados...

Poco a poco, la fatiga y el exceso de la pena trajeron una reacción inevitable: los nervios agotados y el cuerpo rendido por larga y trabajosa asistencia dijeron que más no podían: la materia sonrió irónicamente de su triunfo, y la madre, recostando la frente al borde del almohadón en que descansaba la cabeza inerte de su hijo, se quedó dormida, con sueño de plomo, con letargo mortal...

En medio del alto silencio que en el salón reinaba, un gran reloj de caja de laca y ricos adornos de bronce, trepidó y dio pausadamente, con infinita majestad, doce campanadas. Al punto, una claridad fantástica, tal vez la de la luna que desgarraba su velo de nubes, iluminó vagamente las paredes del salón, cubiertas de retratos antiguos, imágenes de los antepasados. Ninguno de ellos vestía la armadura del medioeval: eran personajes de época más reciente; a lo sumo del siglo décimo séptimo; habíalos de escarolada polilla y aristocrática venera, de casacón y bordada chupa, y de frac azul, alto corbatín y peinado puntiagudo, el tupé de la época romántica. En consonancia estaban

los retratos de mujer, ya severos en el período del *Hechizado*, ya coquetones y rientes bajo la fina nube del empolvado erizón. Sin embargo, al momento en que los bañó la claridad incierta, al acabar de disiparse la vibración de la duodécima campanada, todas las caras aparecieron expresando grave cuidado y honda tristeza. Las damas del siglo XVIII hacían ademán de secarse con el pañolito de encaje los ojos... Las del místico monjil los alzaban al cielo: las de los luengos tirabuzones, las jorgesandianas, suspiraban...

Un caballero de Santiago, fue el primero que habló, en acento opaco y sepulcral, para decir fatídicamente:

—¡Se ha extinguido nuestro linaje!

Un murmullo corrió por los ámbitos de la estancia... Los antepasados repetían la frase: « ¡Nuestro linaje de ha extinguido!..» De pronto, se destacó la voz aguda de un viejecillo de coleta y chorrera de encaje; el cual, después de aspirar una pulgarada de tabaco, exclamaba:

—¿Y por qué se ha de extinguir? ¡Esa dama que duerme ahí es joven!

—¡Y joven también y muy real mozo su marido; mi tataranieto! —aprobó una abuelita de manteleta tornasol y parches de tocama en las sienes.

Algunas risitas mal sofocadas salieron del grupo de los erizones. Y otra ascendiente más remota, de toca y grueso rosario, pronunció, escandalizada y afligida:

—No es caso de risa, a fe... ¡Extinguirse el linaje y estado de Saldaña! ¡Recemos, recemos para que Nuestro Señor no permita semejante desventura...! Porque ese linaje no decayese de su esplendor, para dejárselo todo a mi hermano el mayorazgo, entré yo en las Comendadoras, a los quince de mi edad...

—Y por las mismas razones —declaró una damita de vestido azul, con tocado de plumas —me desposé yo a los diecinueve con mi caduco tío, el duque de Oterona...

—Y yo — exclamó un militar de tricornio, casaca blanca y solapas rojas — fui muerto de un balazo al tratar de recobrar gloriosamente de los ingleses el castillo de San Felipe, en Puertomahón!

—Y yo —murmuró un lívido figurón de golilla, chupado como una lechuz— por acrecentar la hacienda y bienes de Saldaña, me impuse una economía tan sórdida, y viví con tal estrechez, que dieron los villanos en repetir la conseja de que perecí de hambre... A mi cabecera se encontró un arcón repleto de oro... y en mi archivo, las obligaciones de hartas propiedades de acreedores míos, propiedades que pasaron a la casa de Saldaña lindamente, y la levantaron en peso...

—Mala manera de dar lustre a un linaje —rezongó ceñudo el héroe de San Felipe.

—Buenas son todas, seor sobrino, que nunca hubiera opulentos si faltaren avarientos —refunfuñó el personaje sombrío y lívido.

—Señores míos —intervino el viejecillo de la coleta, volviendo a destapar su cajita de oro y a rellenarse las narices de cucarachero— todo eso me parece óptimo; el sacrificio de la mujeres, el heroísmo de los militares, la sobriedad y modestia de los propietarios, y, aunque me esté mal jactarme, la habilidad y buen gobierno de los sucesores que, como yo, beneficiaron el caudal con innovaciones y empresas sabias... Pero hay una cosa superior al esfuerzo humano, y es la sacra naturaleza, ¡como decía mi predilecto filósofo Juan Jacobo Rousseau...! Y lo único que puede hoy evitar la extinción del linaje de Saldaña, es esa diosa universal, agitando dulcemente el alma de nuestra desdichada nieta, la que ahí veis aletargada, cerca del cadáver del niño...

—¡Qué lerdos son los hombres! —murmuró picarescamente la del traje azul. —Ella duerme; pero su alama... ya sé yo que despierta está, y despiertísima.

—¿No ha de estarlo? —gritó con fuego, la romántica de los bucles y las ojeras profundas. —En esta noche admirable, poética y divina, el mosto de la juventud fermenta en las venas de Dios, como cantó el gran poeta. ¿No sentís la fragancia que exhalan los jazmines de los cenadores? ¿No percibís el blando gemido de la fuente? ¿No veis que todo, en derredor, se estremece y palpita? ¡Ah! ¡Cómo me gustaría ahora pasearme, a la melancólica luz de la luna!

Persignése al oír esto la de la toca y el rosario, y murmuró, cruzando ambas manos sobre el pecho:

—Pidamos a Dios que toque en el corazón al esposo de nuestra nieta, que anda divertido en profanidades y en livianos amoríos.

—Ahí está el intrínquilis, —chilló tosiendo la abuelita de los parches de tacamaca. —Mientras marido y mujer vayan cada cual por su lado, así brille la luna y los jazmines se deshagan en aromas...

Tomó en esto la palabra, una dama, hasta entonces silenciosa; una beldad de desnudos brazos y busto espléndido, de blanca túnica y faja roja, bordada de oro, ciñendo el corto talle, de cabeza que adornaba una profusión de negros rizos; y suspirando lánguidamente la rosa nunca marchita que desde hacía tantos años llevaba en la mano, mórbida y salpicada de hoyuelos, entornando sus ojos flechadores, emitió opinión como sigue:

—Si es cierto que los descendientes llevan siempre en la sangre a sus antecesores, pido que ahora me cedan todos su puesto y me permitan a mí sola gobernar a esa pobrecilla... Su marido es un tronera y un descastado; pero ella, por su parte, es una inocente; no conoce el filtro; ignora los ritos y los conjuros por cuyo medio se enciende la inextinguible tea... Déjenme a mí... Él va a llegar, desconsolado por la muerte del hijo... ¡Yo haré que no se extinga el linaje de Saldaña!

Convinieron todos, hasta la mística monja de la toca y el gordo rosario; y la hermosa abuela, desprendiéndose del marco, atravesó el salón, y, sonriendo, depositó la rosa sobre el seno de la madre dormida. Velóse la claridad de la luna; ardieron más amarillos los blandones; la sombra envolvió a los retratos; abrióse la puerta del salón, y un gallardo caballero, con paso rápido, se dirigió hacia el ataúd.

Despertó la esposa sobresaltada, y reconoció a su esposo, al ingrato, al inconstante. Una palabra de amor entreabrió sus labios secos de calentura; una chispa de gozo brilló en sus ojos quemados de llorar. Marido y mujer, con impulso irreflexivo, se echaron en brazos el uno del otro, mientras los viejos retratos se hacían, en la obscuridad, señas disimuladas.

EMILIA PARDO BAZÁN

Álbum Salón, Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte, Barcelona.
Número 29, 1 de noviembre de 1898. Páginas 342-343.

2.- GÉNESIS TEXTUAL DE: “EJEMPLO” Y “EL ENEMIGO”. DOS TÍTULOS PARA UN MISMO CUENTO DE EMILIA PARDO BAZÁN

Como ya se ha dicho en otras ocasiones, para doña Emilia periódicos y revistas van a ser el mejor cauce para sacar artículos de variada índole junto con prácticamente la totalidad de sus relatos que fueron publicados en primer lugar en este soporte (periódicos como: *El Imparcial*, *El Heraldo*, *El Día*, y revistas como: *Álbum Salón*, *Blanco y Negro*, *Pluma y Lápiz*, *La Ilustración Española y Americana*).

Estamos ante una extensa producción cuentística⁴ que se desarrolla en una época que coincide con el momento de auge y asentamiento del género ayudado por la prensa periódica. El primer cuento publicado por la autora es de 1866 y el último se publica en 1921. Su firma aparecía en la mayoría de periódicos y revistas de la época de España y del extranjero (Buenos Aires, Cuba, Panamá). Su valía como cuentista fue reconocida por todos y valorada incluso por quienes fueron sus más fervientes críticos como el caso de Clarín, que en 1894 en *Los Lunes del Imparcial* (25/03; nº 9.649) afirma: “a la Sra. Pardo Bazán siempre habrá que contarla entre los pocos, poquísimos autores de cuentos realmente literarios que tenemos”. Recogido de Penas, 2003: 166.

En el Archivo de la Condesa de Pardo Bazán, en la Real Academia Galega⁵, entre los papeles de la escritora coruñesa se encuentran varias cuartillas, unas mecanoscritas y otras manuscritas de cuentos de doña Emilia. El que hoy nos ocupa consta de seis cuartillas mecanografiadas, numeradas desde la segunda cuartilla en el margen superior derecho, con correcciones a mano en la primera de ellas y el título “Ejemplo” manuscrito. No aparece firmado pero se encuentra completo. En el margen izquierdo podemos leer:

⁴ Muchos de ellos están siendo exhumados de la prensa por estudiosos como: Clemessy, N. 1972; Paredes Núñez, J. 1979; Infantes, V. 1988; Herrero Figueroa, A. 1994 y 2004; Sinovas Maté, J. 1996; González Herrán, J. M. 1997; Saiz Viadero y González Herrán 2004; Novo Díaz, M. 2004; Carballido Reboredo, S. 2005; Dorado, C. 2005; Ezama, A. 2006; Patiño Eirín, C. 2006 y 2008; Axeitos Valiño y Carballal Miñán 2008 y Novo Díaz, M. 2008.

⁵ Agradezco a la Real Academia Galega el permiso para la transcripción del texto, y al personal del Archivo, especialmente a Ricardo Axeitos, que nos proporcionó el manuscrito mecanografiado que es objeto de este trabajo.

Vid. Axeitos Valiño, R. y Cosme Abollo N. 2004. Código del documento en el Archivo de la Real Academia Galega: 257/37.0. Código de las galeradas 258/34.0.

“Sobrenaturales” lo que nos hace pensar en que la escritora coruñesa pensó en agrupar bajo este epígrafe un grupo de cuentos, tal y como solía hacer a la hora de publicarlos en libro (*Cuentos de Marineda* (1892), *Cuentos de Amor* (1898), *Cuentos sacroprofanos* (1899), *Cuentos del terruño* (1907), etc.). El relato breve por medio de la prensa consigue entrar en la vida diaria de la gente configurado como género independiente, sólo posteriormente cobra protagonismo conjunto agrupado con otros en colecciones.

En el caso concreto que nos ocupa, al igual que ocurre con otros como: “El balcón de la princesa”, “El clavo”, “Carbón”, “La emparedada”, etc., doña Emilia no lo recogió en volumen. En este caso además de no aparecer agrupado en un volumen estamos ante un texto que no conserva el mismo título en las cuartillas mecanoscritas y lo publicado en la revista *Blanco y Negro* el 15 de septiembre de 1918. Martínez Arnaldos (1999: 440) sostiene que “en Pardo Bazán se puede comprobar la especial estrategia o juego de los títulos”. En el caso que nos ocupa tenemos dos títulos para un mismo cuento: “El enemigo” (*Blanco y Negro*) y “Ejemplo” (cuartillas mecanoscritas). Ambos títulos son igualmente válidos y podrían encabezar el cuento; el Enemigo (Lucifer) es el protagonista indiscutible del cuento, es el desencadenante del desenlace y aparece en las dos versiones del cuento. “Ejemplo” alude a la intención que tía Flora tiene al relatarle la historia a su sobrino: que le sirva de ejemplo para evitar que caiga en el juego y pierda todo lo que posee.

Tal y como dice Ezama (1992: 213) “el cuento finisecular es un tipo de relato realista, que adopta como principio básico el de la verosimilitud, con tendencia marcada al reflejo de un ambiente urbano y burgués, y cuya finalidad es casi siempre aleccionadora”, esta idea aparece reflejada en “El Enemigo”/ “Ejemplo”. Estamos ante un cuento cuyos protagonistas gozan de una posición desahogada, viven en un ambiente urbano y el fin principal del relato de la historia por parte de tía Flora es aleccionar a su sobrino del peligro de coquetear con el juego.

El diálogo y el discurso narrado comparten protagonismo. Estamos ante un narrador extradiegético-homodiegético que nos relata una historia en la que está presente. Su catalogación presenta dificultades, porque estamos ante una narración en primera persona, el narrador está presente en la historia que cuenta pero sus rasgos coinciden con los del tradicional narrador omnisciente, que controla totalmente todo el relato y hace comentarios sobre los distintos aspectos del mismo:

Me palpité el corazón. ¡Iba a poder realizar el antiguo capricho, a afrontar la fortuna, a jugar, a perderlo todo o achinarme de una vez! Y tenía la seguridad de

esto último, ¿por qué? Por esas inexplicables corazonadas que sólo en el juego se presentan con tal lucidez y energía... (“Ejemplo”).

En vez de compartir mi humorismo, la señora suspiró hondamente. Una lucha interior se reflejó en su cara, donde aún quedaban vestigios de belleza. Me miró ansiosa vacilando. (“El enemigo”).

Mi tía calló. Yo miré alrededor. Experimentaba misteriosa sensación de algo que, en los rumores sombríos de la anticuada sala, se alzaba en incierta forma; chispas fosfóricas resplandecían entre el negror confuso. Iba cayendo la tarde, y los últimos reflejos del sol arrancaban luminosidades a los objetos dorados, a los cristales de la araña de La Granja, a una lámpara y un vaso de Venecia. En las pinturas devotas que adornaban la pared, una cabeza, un brazo torturado, emergían del fondo de betún. (“El enemigo”).

Las dos ilustraciones de Varela de Seijas⁶ reproducen, de modo parcial, dos momentos claves de la trama:

1ª) La visita de Fermín, vestido con su uniforme, a su tía Flora; debajo de esta ilustración podemos leer: “–No dejes que el enemigo se apodere de ti”

2ª) El momento en que la madre de Fermín le confiesa a Flora que ha invocado al Enemigo solicitando su ayuda. La ilustración va acompañada de un “–¿Sabes lo que pasa?”

No son muy frecuentes las ilustraciones en los cuentos y hasta el momento es la primera vez que la ilustración se acompaña de un texto. Casi siempre se reduce a reproducir una escena del cuento sin más como podemos ver en revistas ilustradas como: *Álbum Salón* de Barcelona (“La Sor”, “Boda”, “El ciego”); *Semanario Dosimétrico Ilustrado* de Pontevedra (“Martina”, “El lorito real”), *Barcelona Cómica* (“Temprano y con sol”), o periódicos como el *Diario de Tenerife* (“El milagro del hermanuco”, “Los huevos pasados”). La función de la ilustración en el cuento es la de complementar al texto, en ocasiones incluso cobra una importancia inusitada al anticiparse a lo escrito, convirtiéndose así en un complemento visual del texto.

En una primera lectura de “El enemigo” y “Ejemplo” podemos detectar como doña Emilia decidió no seguir corrigiendo “Ejemplo” más allá de la

⁶ De este ilustrador de principios del siglo XX no nos ha sido posible localizar datos, desconocemos hasta su nombre de pila. Asiduo colaborador de *La Esfera* ilustrando cuentos de diversos autores como: Benigno Varela “El que la ganó” (25/11/1916), Pardo Bazán “El triunfo de Baltasar” (12/01/1918); José Más “El santuario del triunfo” (19/01/1918); Martínez Olmedilla “La muerte del Bardo” (12/07/1919); Alejandro Larrubiera “El Faraón robado” (27/03/1920) o Romero-Marchent “Muñeca” (3/09/1921).

primera cuartilla, como queda demostrado por la ausencia de correcciones en las cinco restantes. Si bien una y otra versión caminan de la mano. Pocos son los enunciados conservados idénticos en ambos cuentos: “–Estás muy guapo, Fermín. ¡Vas a hacer muchas conquistas!”; “se levantó, abrió un escritorio en que brillaban bronces, y caída la curva tapa, de un cajoncillo sacó un rollo envuelto en papel de seda. Eran centenes...”; “dándome una bofetadita cariñosa, me preguntó:”; “–Los muchachos deben divertirse” entre otras. Pero esto lejos de hacernos pensar que doña Emilia no tuvo en cuenta “Ejemplo” para la elaboración de “El enemigo” nos lleva a justo lo contrario: Pardo Bazán reescribe el cuento pero teniendo delante la primera versión, pule la historia, conserva el hilo de la trama y el diálogo pero le da un giro. Las lágrimas de Flora siguen siendo en ambos cuentos “áridas”, el disgusto por el suceso en ambos cuentos abrevia la vida de los padres de Fermín, la madre hace penitencia en ambos relatos, etc. En ambos cuentos está presente la idea de Fermín de probar suerte en el juego, el suicidio de Fadrique Remisa y el sentimiento de culpa de los padres de Fermín, la duda de la tía a la hora de faltar a la promesa hecha a su hermana de no revelar el secreto y la penitencia de su hermana el resto de su vida. Todo nos lleva a concluir que doña Emilia rehizo el cuento para su publicación en *Blanco y Negro* pero decidió conservar “Ejemplo” quizás para publicarlo, una vez revisado y corregido, en otra revista o periódico.

Hasta aquí una pequeña aproximación a este cuento que será analizado con más detenimiento en la tesis doctoral que estoy realizando.

He optado por reproducir en primer lugar lo que sería el cuento mecanoscrito depurado, conservando lo más fielmente posible lo escrito en las cuartillas mecanografiadas por doña Emilia existentes en el Archivo, en ocasiones resulta muy difícil descifrar lo que aparece tachado o sobreescrito a mano por la escritora coruñesa. A continuación aparece el cuento publicado en *Blanco y Negro*. En el apéndice incorporo las cuartillas mecanoscritas existentes en la Real Academia Galega, conservando párrafos, renglones, signos de puntuación y erratas reflejadas en ellas y el texto final aparecido en *Blanco y Negro* escaneado donde se pueden apreciar las ilustraciones de Varela de Seijas, teniendo así el proceso inicial y final del cuento. He optado por no reproducir las galeradas puesto que presentan el texto tal y como aparece publicado en *Blanco y Negro*, en el reverso de la última hoja podemos leer firmado a mano: Condesa de Pardo Bazán. En este apéndice podemos apreciar el proceso inicial del cuento, sólo en la primera cuartilla

mecanoscrita tenemos correcciones hechas a mano por la escritora coruñesa con una pluma de tinta negra. La primera cuartilla está sin numerar y el resto aparecen numeradas en la parte central con el número entre guiones de la -2- a la -6- todas ellas, como ya he dicho antes, carecen de correcciones.

Nota editorial:

A la hora de transcribir los textos he intentado ser lo más fiel posible a las cuartillas mecanoscritas, conservando su forma apaisada y corte de líneas y párrafos. Las palabras o fragmentos de texto añadidos a mano aparecen reflejados entre corchetes [].

BIBLIOGRAFÍA

- Axeitos Valiño, Ricardo y Cosme Abollo, Nélida (2004): *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán. Catálogo do Arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña, Real Academia Galega.

- _____, y Carballal Miñán, Patricia (2008): “En su cama” y “El vencedor”, dos cuentos de Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna nº 5, Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 377-388.

- Latorre Ceresuela, Yolanda (2002): *Musas trágicas (Pardo Bazán y las artes)*, Lleida, Pagès editors, Universitat de Lleida.

- Clémessy, Nelly (1972): *Les contes d’Emilia Pardo Bazán (Essai de classification)*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques. Institut d’Études Hispaniques.

- Carballido Reboredo, Silvia (2005): “Un nuevo relato en la producción cuentística de Emilia Pardo Bazán en la Voz de Galicia (1882-1901)”, *La Tribuna nº 3, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 301-308.

- Dorado, Carlos (2005): “Un cuento inédito de Emilia Pardo Bazán”, *Quimera*, nº 259-260 (julio-agosto), pp. 62-65.

- Ezama, Ángeles (1992), *El cuento en la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

- _____, (2006): “Un cuento infantil olvidado de Emilia Pardo Bazán”, *La Tribuna nº 4, Cadernos de estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 385-401.

- González Herrán, José Manuel (1997): “Un texto inédito de Pardo Bazán: ¿El cuento La Mina?”, J. M. González Herrán (Editor): *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán. In memoriam Maurice Hemingway*, Santiago de Compostela, Universidade–Consortio de Santiago, pp. 171-180.

- _____, y Saiz Viadero, José Ramón (2004): “Dos cuentos de Emilia Pardo Bazán, recuperados de la prensa Santanderina (1897-1898)”, *La Tribuna nº 2, Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 359-366.

- Herrero Figueroa, Araceli (1994): “Un relato carnavalesco de Emilia Pardo Bazán”, *Lenguaje y textos*, nº 5, pp. 145-149.

- _____, (2004): *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán e recopilación de dispersos*, Lugo, Servicio de publicaciones de la Diputación Provincial de Lugo.

- Infantes, Víctor (1988): “`Desheredado´, un cuento inédito de Emilia Pardo Bazán”, *Lucanor*, 2, pp. 111-121.

- Martínez Arnaldos, Manuel (1999): “Estrategia de titulación en los cuentos de E. Pardo Bazán”, en P. L. Ladrón de Guevara *et alii* (eds.), *Homenaje al Profesor Trigueros Cano*, Murcia, Universidad: Servicio de Publicaciones, vol. II, pp. 439-457.

- Novo Díaz, M^a del Mar (2004): “`Chucho´ y `Maleficio´, dos cuentos de Emilia Pardo Bazán rescatados de la prensa lucense (1913 y 1919)”, *La Tribuna*, n^o 2, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 425-434.

- _____, (2008): “El taller de la escritora: `Diálogo´y [´Un Buen tiritito´], dos cuentos desconocidos de 1916”, *La Tribuna* n^o 5, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 439-465.

- Patiño Eirín, Cristina (2006): “Un cuento infantil de Pardo Bazán: `el lorito real´ (1893), *La Tribuna* n^o 4, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 385-401.

- _____, (2008): “Un cuento de circunstancias que permanecía olvidado: `La muchedumbre´, 1922”, *La Tribuna* n^o 5, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, pp. 431-438.

- Penas Varela, Ermitas (2003) *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.

- Sinovas Maté, Juliana (Editora) (1996): *Nuevos cuentos recopilados de Emilia Pardo Bazán*, Burgos, Berceo.

Cuento mecanoscrito reconstruido: Ejemplo

Mi tía Flora me recibió en su salita, amueblada con muebles bellos; en las paredes había bellos cuadros de una antigua escuela española, eran heredados. Admiró mi flamante uniforme, –lo vestía por primera vez–, y me dijo al darme un beso leproso con sus labios flácidos y cansados:

–Estás muy guapo, Fermín. ¡Vas a hacer muchas conquistas!

Y como si comprendiese inmediatamente que algo más era necesario, se levantó, abrió un escritorio en que brillaban bronces, y caída la curva tapa, de un cajoncillo sacó un rollo envuelto en papel de seda. Eran centenes... Me palpité el corazón. ¡Iba a poder realizar el antiguo capricho, a afrontar la fortuna, a jugar, para perderlo todo o achinarme de una vez! Y tenía seguridad de lo último, ¿por qué? Por esas inexplicables corazonadas que sólo en el juego se presentan con tal lucidez y energía...

Debió de salir a mi rostro algo de mi esperanza, porque mi tía, dándome una bofetadita cariñosa, me preguntó:

–Vamos a hacer grandes cosas con este dinero, ¿eh? ¿nos vamos a divertir mucho? Y como yo balbucease no sé qué, añadió, maternalmente:

–Los muchachos deben divertirse, ¡estoy conforme! Pero siempre como caballeros... Porque eso no hay que perderlo de vista nunca. Como caballeros, porque tú lo eres; tienes obligación.

–Tía Flora –contesté– me da curiosidad... ¿Qué cree usted que debe y no debe hacer un caballero?

Permaneció un momento indecisa. Para su casuística, el problema era de difícil solución. Hay así, mil cuestiones que resolveríamos bien en cada caso, pero formular su teoría completa, ya es más difícil, otra cosa. Mi tía meditaba, trataba de ver claro en las palabras que acababa de pronunciar.

Al cabo, contrayéndose a lo presente, a lo inmediato, que era el rollo que yo conservaba en la mano y que aún no me había decidido a trasegar al bolsillo, declaró:

–Un caballero, por ejemplo, no malgasta nunca en vicios lo que puede servirle para presentarse con decoro y para disfrutar las diversiones que en su edad son naturales...

Parecía como si la anciana señora me hubiera leído en el corazón. Sonreí forzosamente, y exclamé:

Gracias por el consejo...

–¡No te dejes llevar por el demonio!

Cuando esto decía la hermana de mi madre, sus ojos, apagados por la edad, reflejaban una especie de terror. Yo lo eché todo a broma.

–¡El demonio! Contesté– Pero tiíta, ¿usted cree en el demonio?

Calló, resignada a mi escepticismo. Un suspiro triste brotó de su pecho. Recordaba, sin duda, pasadas y tristes horas. Por último se decidió.

–Te lo voy a contar, a ver cómo te lo explicas tú– tembló su voz, como hilo gemidor de antigua fuente, casi seca. –Y así que te lo cuente olvídale, porque se trata de tu padre... ¿Lo oyes? ¡De tu padre! Ya no vive, ni tampoco mi pobre hermana... en vida suya, no me atrevería...

Un poco pálido me senté en una butaca antigua, y aguardé con ansiedad.

–¿Te acuerdas de tu padre? Siempre le habrás visto tan abatido, tan negro de humor... Y tu madre, que parecía que hasta de hablar tenía miedo...

Mi infancia se evocó de pronto. En efecto, así veía reaparecer esas figuras amadas, el padre sentado ante una mesa, leyendo o escribiendo, pero siempre hondamente melancólico, la madre apocada, rondando la habitación, como si temiese grandes desgracias que de un momento a otro pudiesen acaecer; y la casa, con un ambiente de disgusto callado, que se reflejaba en todo, y que me entenebrecía el espíritu.

–Sí, sí te acuerdas... lo que tú no sabes, es la causa de todo ello, porque no la supo casi nadie... Y aunque la supiesen, no la entenderían... ¡Lo que se ve no es sino la cáscara de lo que anda por dentro!

Tu padre era un hombre no malo, pero débil de voluntad, y además había sentido, desde mozo, una afición desmedida al juego.

Me estremecí ligeramente. Esa misma afición, ¿no la llevaba yo en la masa de la sangre? ¿No se perfilaba ya, al través de ella, mi destino futuro?

–Hay que hacerle esa justicia –prosiguió mi tía– que luchó con su tendencia al vicio, y que muy rara vez se dejó dominar por él, hasta que... Aquí empieza lo raro de la historia y es preciso que tú me ayudes a comprenderla. Venían mucho a casa, entonces, unos primos nuestros, y ella... No quiero pensar mal, pero me parece que... En fin, llevaba demasiado lujo, era extravagante en todas sus cosas. Fue el momento en que tu padre jugó de firme y unas tras otras se vendieron muchas fincas. Tu madre estaba aterrada, y creía que el final de todo sería pedir limosna. Un amigo de la casa, persona formal y que se interesaba por nosotros, vino a advertir a tu madre que quien llevaba a tu padre al juego, y le ganaba todas las noches cantidades fuertes, era su propio primo, el marido de Adelfa Ruiz Sánchez. Parecía como si entre los dos se hubiesen establecido un duelo, un duelo a muerte. Y las estocadas iban todas

contra tu padre, porque el contrincante ganaba como un loco, y le dejaba reducido poco a poco a una apuradísima situación. Y un día, tu madre me confesó, entre lágrimas, algo que me impidió dormir aquella noche.

–Flora –me dijo– estoy desesperada... No sé qué hacer... Mi hijo va a quedarse sin un pedazo de pan... Andrés juega cada vez con más furia, y ya lleva perdido la mayor parte de lo que tenemos... Yo le he hablado al alma, me he arrodillado pidiéndole que cese de entregarse a esa fatal pasión... Y nada he conseguido, sino que cada vez me profese menos cariño... He hecho ofrecimientos a todos los santos, a todas las devociones que tenemos y ya no para que deje de jugar, sino para que, al menos, gane... porque le veo en un estado tal de ánimo, que hasta por su razón he llegado a temer, ante tal obstinación de la mala suerte... Y como no me han hecho en el cielo caso ninguno, ¿qué dirás que hice hoy? Invocar al Enemigo...

Ante mi horror, tu madre no sabía qué decir. Me confesó que había ido a casa de la bruja, y hecho una oferta a Satanás...

Y, pasado el primer momento, determiné tomarlo a broma...

–Ya verás, ya verás el caso que te hace Lucifer...

Mira, hijo mío... Como si estuviese sucediendo... Todos los pormenores tengo presentes...

–¿Sabes lo que ha pasado? ¿Lo sabes? ¡Qué había yo de saber! Las palabras salían de la garganta de tu madre como desmenuzadas por un cuchillo, roncadas y anhelantes.

–Ha ganado, ha ganado, ha ganado disparatadamente. El dinero se le venía a las manos, y se hartaba de coger billetes, de llenarse los bolsillos de oro. Por último, su primo, no teniendo allí más, empezó a perder sobre su hacienda, sobre su palabra, a firmar pagarés. La banca estaba asombrada, todo el mundo acudía a presenciar lo nunca visto. Al terminarse la partida, tu padre era dueño de más de dos mil millones...

Y media hora después de haber vuelto a casa, supo la noticia: el primo se había pegado un tiro de pistola en la sien, y seco, había caído al suelo, sin que le alcanzase ningún género de auxilios. Tu madre se retorció las manos... ¡Bien se había cobrado el demonio!

Me hizo jurar que nunca nada diría del caso. Y lo cumplí... Si faltó hoy a la promesa, es porque los dos, tu padre y tu madre, están ya en el mundo de la verdad, y expiaron sus errores sobradamente. Tu madre me consta que hizo penitencia muy rigurosa y dura; tu padre no volvió a pisar una sala de juego, y se temió hasta por su razón, del disgusto. Debí de abreviarles la vida aquel continuo pesar, que en ambos estaba impregnado de remordimiento.

El único consuelo que les quedaba eras tú. No sabes lo que pensaban en ti, los encargos que me hicieron. Por eso, ahora que empiezas a engolfarte en la vida, quise prevenirte contra el que ronda de noche y nos acecha entre las tinieblas. Áridas lágrimas de vejez cayeron de sus pupilas. Tomé la mano marchita y la besé ardientemente. Dentro de mí, la conciencia emergía, fuerte y desnuda, como un mármol antiguo. Y dije desde el fondo de la voluntad vigilante:

–Pierde cuidado...

Cuento publicado en *Blanco y Negro* 15/09/1918. Páginas 16-17.

EL ENEMIGO POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

El día en que por primera vez vestí el uniforme fui, ante todo, a visitar a mi tía Flora, que en cierto modo me había servido de madre. Entré pavoneándome, y ella me tendió sus brazos flacos y sus labios marchitos.

–Estás muy guapo, Fermín. ¡Vas a hacer muchas conquistas!

Se levantó, abrió un escritorio antiguo en que brillaban bronces, y, caída la curva tapa, de un cajoncillo sacó un rollo envuelto en papel de seda. Eran centenes... Siempre a ración de dinero, que mi tutor me regateaba, me alegraron las pajarillas aquellas monedas de oro. ¡Al fin podría probar fortuna en el juego! De todas las tentaciones que acometen a la juventud, ésta era la única que latía en mis venas, impetuosa. Sentía una inexplicable corazonada; estaba seguro de ganar, de ganar sin tino, apenas arriesgase la aventura. Mi tía vio la emoción que me causaba su regalo, y con inquietud, dándome cariñosa bofetadita, me preguntó:

–¿Qué pensamos hacer con ese dinero? ¿Calaveradas?

Y como yo balbuciese no sé qué, añadió maternalmente:

–No creas que soy una vieja rara... Ya sé que los muchachos han de divertirse; es muy natural... Lo único que te encargo es que no entre en tus diversiones el juego, ¿entiendes?

Me estremecí. Sin duda, aquella señora, alejada del mundo y candorosa como una monjita recoleta, leía en mi pensamiento, presentía lo no realizado aún...

Haciéndome sentar en una poltrona deslucida, de rico Aubusson, se dispuso a continuar la plática:

–El juego –declaró enfáticamente– es una cosa en que intervienen el Enemigo. ¿No lo crees? ¿Eres escéptico, Fermín? Mira que te lo digo hoy, en una ocasión para ti señalada, cuando estrenas tu uniforme y contraes el deber de ser cristiano y caballero. No dejes que el Enemigo se apodere de ti. Andará a tu alrededor, de seguro, rondando y olfateando presa.

Y como una sonrisa, teñida de ironía suave, jugase en mis labios, que apenas sombreaba un bozo juvenil, ante aquella afirmación de la presencia y actividad del Enemigo, tía Flora insistió, con una especie de angustia que me causó extrañeza:

–Tú no lo sabes, niño; pero *El* está en todas partes, nos acecha, nos espía en la sombra. Así que nos ve flaquear, nos acomete.

Mi sonrisa, levemente irónica, se convirtió en franca risa. Estrujé a mi tía en un abrazo.

–Aquí tengo yo un sable, una hoja afilada, para, ¡zas!, descabezar el Enemigo... Que venga, y le rebano el pescuezo...

En vez de compartir mi humorismo, la señora suspiró hondamente. Una lucha interior se reflejó en su cara, donde aún quedaban vestigios de belleza. Me miró ansiosa, vacilando.

–Dame tu palabra de honor de conservar en el mayor secreto lo que voy a decirte... Palabra de caballero, ¿lo oyes?

Su voz, que temblaba como hilillo de agua goteando de una fuente medio seca, se hizo más energética al exigir el juramento.

–Te lo voy a referir, a ver cómo tú te lo explicas... Fíjate que se trata de tus padres, de mi pobre hermana... Si viviesen, no me atrevería... Ya están en el *mundo de la verdad*... Ellos saben mi intención...

Después de una pausa ansiosa añadió:

–¿Te acuerdas de Andrés, de tu padre? Siempre le habrás visto abatido, metido en sí... Y mi hermana, notarías que hasta tenía como miedo de hablar...

Mi infancia, de pronto, se evocó. Resurgían las amadas figuras: el padre, sentado, silencioso, ante una mesa donde se hacinaban papeles que no examinaba y libros que no leía; la madre, rondando la habitación, mirando con disimulo al través de la puerta, alocados los ojos, descolorido el semblante. Y el ambiente de pena que entenebrecía la casa, y las voces de los criados, que hablaban bajo, como se habla donde hay un enfermo grave o un difunto.

–Sí, sí te acuerdas –afirmó tía Flora–. Lo que no sabes es la causa... Casi nadie la supo. Y si la supiesen, no la creerían. ¡La gente no ve sino la cáscara

de los hechos! Desde luego, Fermín, tu padre, no era tan malo; pero muy débil de voluntad y muy aficionado al juego, lo peor de todo...

Me estremecí. ¿No llevaba yo en la masa de la sangre esa misma afición? ¿No estallaría, como sale a la piel la oculta gangrena, un día u otro?

–Hay que hacerle justicia –prosiguió mi tía–. Luchaba con su tendencia al vicio, y se contenía, hasta que un primo nuestro, Fadrique Remisa, casi jugador de oficio, vino a establecerse en Madrid. Desde el primer momento adquirió influencia decisiva sobre tu padre. Salían juntos, pasaban el día juntos, y tu madre empezó a verse abandonada o poco menos. Notaba con terror que se vendían fincas, que vuestra fortuna se deshacía como la sal en el agua, y supo que el primo ganaba lo que tu padre perdía sin cesar. Era como un duelo, en el cual las estocadas herían a tu padre invariablemente. Avanzaba el peligro de que os viésemos reducidos a la miseria, y diariamente tu madre venía a mi casa a llorar, a pedirme consejo, a comunicarme mil planes insensatos. La última vez me dijo lo que vas a oír: “Yo no sé qué hacer”, y juntaba las manos como las tienen las efigies de la Dolorosa. “Mi hijo va a verse sin un pedazo de pan. Andrés ha echado ya a la hoguera la mayor parte de nuestra fortuna. Le he hablado al alma, me he arrodillado, le he presentado al niño... Nada, insensible... He ofrecido misas, he acudido a todos los santos, he pasado en vela, rezando, una noche... Y Dios no me escucha. Andrés, cada vez más despeñado por el camino de esa afición maldita... Al verlo, ¿qué dirás que hice? ¿A que no lo adivinas? No, no puedes adivinarlo, porque es preciso hallarse en mi estado de ánimo, en la situación moral en que me encuentro yo hace días, para que idea semejante cruce por la imaginación. ¡Se necesita la desesperación, Flora, se necesita..!”, repetía con un acento y unos gestos que no te los sé pintar. “¡Bah! –exclamé tranquilizándola–. Cosa mala no la habrás hecho tú, pobrecita mía...” “¡Sí la hice, sí! ¡He invocado al Enemigo! ¡Me he puesto en sus manos! ¡Le he pedido auxilio! ¡Ya ves, ya ves lo que pasa cuando está uno trastornado por la pena!” “Bueno, pues no te apures –consolé yo–. ¡Lucifer no te hará caso!” Tengo presentes, hijo mío, todos los pormenores –prosiguió la señora, que al ver la atención creciente, dolorida, con que yo la escuchaba, iba dramatizando su historia–. A la mañana siguiente de esa conversación, veo llegar de nuevo a tu madre, medio loca. “¿Sabes lo que pasa? ¿Lo sabes?”, gritó, encarándose conmigo, en voz ronca y que apenas se entendía. “¡Ha perdido más Andrés! –supuse–. ¡Estáis completamente arruinados!” “¡Al contrario, al contrario! ¡Ojalá fuese eso! Ha ganado todo lo que antes tuvo que pagar a Fadrique! Ha ganado sumas enormes, más de lo que Fadrique pudo pagarle, ¡mucho más..! Fadrique firmó

pagarés, se comprometió de todas maneras, y lo mismo que él otros dos o tres jugadores... Somos más ricos que nunca... No te alegres... ¡Fadrique, hoy, al amanecer, se ha pegado un tiro en la cabeza!

Mi tía calló. Yo miré alrededor. Experimentaba misteriosa sensación de algo que, en los rumores sombríos de la anticuada sala, se alzaba en incierta forma; chispas fosfóricas resplandecían entre el negror confuso. Iba cayendo la tarde, y los últimos reflejos del sol arrancaban luminosidades a los objetos dorados, a los cristales de la araña de La Granja, a una lámpara y un vaso de Venecia. En las pinturas devotas que adornaban la pared, una cabeza, un brazo torturado, emergían del fondo de betún.

–Me consta –añadió la tía Flora– que tu madre hizo penitencia, arrepentida de su voto impío... Me consta que jamás se consoló tu padre, y que a los dos la tragedia les abrevió la vida. No sé si hice bien en enterarte de este caso... Si hice mal, que ellos me perdonen...

Una lágrima árida rodó por las consumidas mejillas de la señora, y yo la sequé con mis labios filiales.

–Has hecho bien, tía Flora. No sabes lo bien que has hecho. No se me olvidará tu confidencia. No tengas remordimiento ninguno...

La Condesa de Pardo Bazán.

Apéndice

[Ejemplo]⁷

[Sobrenaturales]

Mi tía^[Flora] me recibió en susalita., amueblada con ~~mismos~~ los muebles^{[hereditarios, desilusión y ~~que heredó de sus pad~~}

~~[bellos,] = tres,~~ [y en cuyas paredes cuadros de antigua escuela española] cuyos retratos pintados por don Vicente Lopez decoraban^{[daban} una nota ascé-] la pared. ~~Sonrió cariños~~

~~mente á~~ tica, admiró] mi flamante uniforme, ~~Hevado sin soltura,~~ [-lo vestía por primera vez-] y me dijo, al darme un beso^[fervoroso] ~~híbio,~~

con sus labios flácidos y cansados:

-Estás muy guapo, Fermín. ~~Que te ampare la Virgen!~~ Hey! ¿Vas a hacer muchas conquistas!

Y como si comprendiese inmediatamente que ~~se no~~ bastaba [algo más era necesario,] se levantó, abrió un escritorio

~~con~~ ~~fen~~ que brillaban] bronces, y, caída la curva tapa, de un cajoncillo sacó un rollo envuelto en papel ~~d~~

[de] seda. Eran centenes.... Me palpitó el corazón. ¡Iba á ~~pode[r]~~ re[al]izar [el] antiguo capri

cho, á afrontar la fortuna, á jugar, [par] a perderlo todo [ganar un golpe plata recia] ~~o hacerme rico en una noche~~

[ó achinarme de una vez!] Y tenía seguridad de lo, porqué? Por esas ine[x] plicables corazonadas que solo

en el juego representan con tal lucidez y energía...

Debió de salir á mi rostro algo de mi esperanza, porque mi tía, dándome una bofetad^{it}

[dita] cariñosa, me preguntó:

-Vamos á hacer grandes cosas con este dinero, eh? Nos vamos á divertir mucho?

Y como yo balbucease no sé qué, añadió, maternalmente:

-Los muchac[h]os [estoy conforme!] deben divertirse [,] [Pero siempre+.
Siempre como caballeros... ~~en?~~ Porque eso no hay que perder]

[lo] de vista nunca. Como caballeros porque tú lo eres[;] ~~y lo han sido los de tu casta, siempre~~

~~de padres á hijos;~~ [tienes obligación].

⁷ Título escrito a mano y subrayado.

-2-

–Tía Flora –contesté- me dá curiosidad... ¿Qué cree vd ne debe y no debe hacer un caba

llero?

Permaneció un momento indecisa. Para su casuística, el problema era de difícil soluc

ción. Hay así, mil cuestiones que resolveríamos bien en cada caso, pero formular su teor

ría completa, ya es más difícil. otra cosa. Mi tía meditaba, trataba de verclaro en la

las palabras que acababa de pronunciar.

Al cabo, contrayéndose á lo presente, á lo inmediato, que era el rollo que y o conservab

en la mano y que aun no me habia decidido á traegar al bolsillo, declaró:

–Un caballero, por ejemplo, no malgasta nunca en vicios lo que puede servirle pra pre

sentarse con decoro y pra disfrutar las diversiones que en su edad son naturales...

Parecía como si la anciana señora me hubiese leído en el corazón. Sonreí forzadamente, y

exclamé:

Gracias por el consejo....

–No te dejes llevar por el demonio!

Cuando esto decía la hermana de mi madre, sus ojos, apagados por la edad, reflejaban una

especie de terror. Yo lo eché todo á broma.

–El demonio! contesté –. Pero tía, vd cree en el demonio?

eCállalo, resignada. á mi escepticismo. Un suspiro trisite brotó de su pecho. Recordaba, sí

-3-

duda, pasadas y tristes horas. Por último, se decidió.

–Te lo voy á contar, á ver como te lo explicas tú –tembló su voz, como hilo gemidor de an

tigua fuente, casi seca. – Y así que te lo cuente, olvídalo, porque se trata de tu padre...?

¿lo oyes? de tu padre! Ya no vive, ni tampoco mi pobre hermana... En vida
suya, no me
atrevería....

Un poco pálido, me senté en una butaca anticuada, y aguradé con
ansiedad.

–¿ Te acuerdads de tu padre? Siempre le habras visto tan abatido, tan negro
de humor...

Y tu madre, que parecía que has a de hablar tenía imiedo...

Mi infancia se evocó de pronto. En efecto, así veia reaparecer esas figuras
amadas, el p

padre sentado ante una mesa, leyendo ó escribiendo, pero siempre
hondamente melancóli

co, la madre apocada, rondando la habitación, como si temiese grandes
desgracias que

de un momento á otro pudiesen acaecer.; y la casa, con un ambiente de
mdisgusto callado, q

que se reflejaba en todo, y que me entenebrecía el espíritu.

–Sí, sí te acuerdas... Lo que tú no sabes, es la cuasa de todo ello, porque
no la supo casi

nadie.... Y aunque la supiesen, no la entenderían... Lo que se vé no es
sinó la cascara de l

lo que anda por dentro!

Tu padre era un hombre no malo, pero débil de voluntad., y además habia
sentido, desde n

mozo, una afición desmedida al juego.

-4-

Me estremecí ligeramente. ¿Esa misma afición, no la llevaba yo en la masa
de la snagre?

¿No se perfilaba ya, al través de ella, mi destino futuro?

–Hay que hacerle esa justicia –prosiguió mi tia–que luchó con su tendencia
al vicio,

y que muy rara vez se dejó dominar por él., hasta que... Aquí empieza lo
raro de la histori

y dspreciso que tú me ayudes á comprenderla. Venian mucho á casa,
entonces, unos primos

nuestros, y ella.... No quieropensar mal, pero me parece que... Enfin,
llevaba demasia

o lujo, era extravagante en todas sus cosas. Fué el momento en que tu padre jugo de firme
y unas tras otras se vendieron muchas fincas, Tu madre estaba aterrada, y creia que
el final de todo sería pedir limosna. Una amigo de la casa, persona formal y que se intere
saba por nosotros, vino á advertir á tu madre que quien llevaba a tu padre al juego,
y le ganaba todas las noches cantidades fuertes era su propio primo, el marudo de Adel
faRuisanchez. Parecía como si entre los dos de se hubiese establecido un duelo, un duelo á muer
te. Y las estocadas iban todas contra tu padre, porque el contrincante ganaba como un loco
,y le dejaba reducido á poco á poco á una apuradísima situación. Y un dia, ru madre me
confesó, entre lágr mas, algo me impidió dormir aquella noche.
–Flora –me dijo –estoy desesperada... No sé qué hacer... Mi hijo vá á quedarse sin yu
pedazo de pan.... Andrés, juega cada vez con mas furia, y ya lleva perdido la mayor part
de lo que tenemos... Yo le he hablado al lama, me he arrodillado pidiéndole que cese de

-5-

entregarse á esa fatal pasión...y nada he conseguido, sinó que cada vez me profese menos
cariño...He hecho ofrecimientos á todos los santos, á todas las devociones que tenemos
y ya no para que deje de jugar, sinó para que, el menos, gane... porque le veo en un esta
tal de ánimo, que hasta por su razón he llegado á temer, ante tal obstinación de las mala s
suerte...Y como no me han hecho en el cielo caso ninguno, qué dirás que hice hoy? In
vocar al Enemigo...

Ante mi horror, tu madre no sabía qué decir. Me confesó que había ido á casa de la bruja,

y hecho ua oferta á Satanás....

Y, pasado el primer momento, determiné tomarlo á broma...

–Ya verás, ya verás el caso que te hace Lucifer....

Mira, hijo mio... Como si estuviese sucediendo...Todos los pormenores tengo presentes...

Era por la mañana, y tu madre se me presentó, desmelenada, como loca.

–Sabes lo que ha pasado? ¿Lo sabes? Qué h bía yo de saber! Las palabras salían de la gra

ganta de tu madre como desmenuzadas por un cychillo., roncas y anhelantes.

–Ha ganado, ha ganado, ha ganado lo disparatadamente. El dinero se le venía á las manos, y

se hartaba de coger billetes, de llenarse los bolsillos de oro. Por último, su primo, no teniendo

allí nada mas, empezó á perder sobre su hacianda, sobre su palabra, á firmar

pagarés...

-6-

pagarés. La banca estaba asombrada todo el mundo acudía á presenciar lo nunca visto.

Al terminarse la partida, tu padre era dueño de mas de dos millones....

Y media hora después de haber vuelto á casa, supo la noticia: el primo se había pegado

un tiro de pistola en la sien, y seco, había caido al suelo, sin que le alcanzase ningun

género de auxilios. Tu madre se retorcia las manos...Bien se habai conrado el demonio!

Me hixo jurar que nada diría nunca del caso. Y lo cumplí...Si falto hoy á la promesa, es

porque los dos, tu padre y tu madre, están ya en el mundo de la verdad, y espiaro

sus errores sobradamente. Tu madre me consta que hizo penitencia muy rigurosa y dura:

tu padre no volvió á pisar una sala de juego, y se temió hasta por su razón,
del dis

gusto. Debió de abreviarles la vida aquel contínuo pesar, que en ambos
estaba impregnado

cíbar del remordimiento. El único consuelo que les quedabam eras tú. No
sabes lo que pen

ban en tí, los encargos que me hicieron. Por eso, ahora que empiezas á
engolfarte en la

vida, quise prevenirte contra el que ronda de noche y nos acecha entrelas
tinieblas.

Aridas lagrimas de vejez cayeron de sus pupilas. Tomé la mano marchita
y la besé ardien

temente. Dentro de mí, la conciencia emergía, fuerte y desnuda, como un
mármol antiguo.

Y dije, desde el fondo de la voluntad vigilante:

–Pierde cuidado...

EL ENEMIGO

POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

EL día en que por primera vez vestí el uniforme fui, ante todo, a visitar a mi tía Flora, que en cierto modo me había servido de madre. Entré pavoneándome, y ella me tendió sus brazos flacos y sus labios marchitos.

—Estás muy guapo, Fermín. ¡Vas a hacer muchas conquistas!

se en mis labios, que apenas sombreaba un bozo juvenil, ante aquella afirmación de la presencia y actividad del Enemigo, tía Flora insistió, con una especie de angustia que me causó extrañeza:

—Tú no lo sabes, niño; pero *El* está en todas partes. Nos acecha, nos espía en la sombra. Así que nos ve flaquear, nos acomete.



Se levantó, abrió un escritorio antiguo en que brillaban bronce, y, caída la curva tapa, de un cajoncillo sacó un rollo envuelto en papel de seda. Eran centenes... Siempre a ración de dinero, que mi tutor me regateaba, me alegraron las pajarillas aquellas monedas de oro. ¡Al fin podría probar fortuna en el juego! De todas las tentaciones que acometen a la juventud, ésta era la única que latía en mis venas, impetuosa. Sentía una inexplicable corazonada; estaba seguro de ganar, de ganar sin tino, apenas arriesgase la aventura. Mi tía vió la emoción que me causaba su regalo, y con inquietud, dándome cariñosa bofetadita, me preguntó:

—¿Qué pensamos hacer con ese dinero? ¿Calaveradas?

Y como yo balbuciese no sé qué, añadió maternalmente:

—No creas que soy una vieja rara... Ya sé que los muchachos han de divertirse; es muy natural... Lo único que te encargo es que no entres en tus diversiones el juego, ¿entiendes?

Me estremecí. Sin duda, aquella señora, alejada del mundo y candorosa como una monjita recoleta, leía en mi pensamiento, presentía lo no realizado aún...

Haciéndome sentar en una poltrona deslucida, de rico Aubusson, se dispuso a continuar la plática:

—El juego—declaró enfáticamente—es una cosa en que interviene el Enemigo. ¿No lo crees? ¿Eres escéptico, Fermín? Mira que te lo digo hoy, en una ocasión para ti señalada, cuando estrenas tu uniforme y contraes el deber de ser cristiano y caballero. No dejes que el Enemigo se apodere de ti. Andará a tu alrededor, de seguro, rondando y olfateando presa.

Y como una sonrisa, teñida de ironía suave, juga-

—NO DEJES QUE EL ENEMIGO SE APODERE DE TI.
Mi sonrisa, levemente irónica, se convirtió en franca risa. Estrujé a mi tía en un abrazo.

—Aquí tengo yo un sable, una hoja afilada, para, ¡zas!, descabezar al Enemigo... Que venga, y le rebano el pescuezo...

En vez de compartir mi humorismo, la señora suspiró hondamente. Una lucha interior se reflejó en su cara, donde aún quedaban vestigios de belleza. Me miró ansiosa, vacilando.

—Dame tu palabra de honor de conservar en el mayor secreto lo que voy a decirte... Palabra de caballero, ¿lo oyes?

Su voz, que temblaba como hilo de agua gotando de una fuente medio seca, se hizo más energética al exigir el juramento.

—Te lo voy a referir, a ver cómo tú te lo explicas... Fíjate que se trata de tus padres, de mi pobre hermana... Si viviesen, no me atrevería... Ya están en el mundo de la caridad... Ellos saben mi intención...

Después de una pausa ansiosa, añadió:

—¿Te acuerdas de Andrés, de tu padre? Siempre le habrás visto abatido, metido en sí... Y mi hermana, notarias que hasta tenía como miedo de hablar...

Mi infancia, de pronto, se evocó. Resurgían las amadas figuras: el padre, sentado, silencioso, ante una mesa donde se hacían papeles que no examinaba y libros que no leía; la madre, rondando la habitación, mirando con disimulo al través de la puerta, alocados los ojos, descolorido el semblante. Y el ambiente de pena que entenebrecía la casa, y las voces de los criados, que hablaban bajo, como se habla donde hay un enfermo grave o un difunto.

—Si, si te acuerdas—afirmó tía Flora—. Lo que no sabes es la causa... Casi nadie la supo. Y si la supiesen, no la creerían. ¡La gente no ve sino la cáscara de los hechos! Desde luego, Fermín, tu padre, no era malo; pero muy débil de voluntad y muy aficionado al juego, lo peor de todo...

Me estremecí. ¡No llevaba yo en la masa de la sangre esa misma afición? ¿No estallaría, como sale a la piel la oculta gangrena, un día u otro?

—Hay que hacerle justicia—prosiguió mi tía—. Luchaba con su tendencia al vicio, y se contenía, hasta que un primo nuestro, Fadrique Remisa, casi jugador de oficio, vino a establecerse en Madrid. Desde el primer momento adquirió influencia decisiva sobre tu padre. Salían juntos, pasaban el día juntos, y tu madre empezó a verse abandonada o poco menos. Notaba con terror que se vendían fincas, que vuestra fortuna se deshacía como la sal en el agua, y supo que el primo ganaba lo que tu padre perdía sin cesar. Era como un duelo, en el cual las estocadas herían a tu padre invariablemente. Avanzaba el peligro de que os viésemos reducidos a la miseria, y diariamente tu madre venía a mi casa a llorar, a pedirme consejo, a comunicarme mil planes insensatos. La última vez me dijo lo que vas a oír: “Yo no sé qué hacer”, y juntaba las manos como las tienen las efigies de la Dolorosa. “Mi hijo va a verse sin un pedazo de pan. Andrés ha echado ya a la hoguera la mayor parte de nuestra fortuna. Le he hablado al alma, me he arrodillado, le he presentado al niño... Nada, insensible... He ofrecido misas, he acudido a todos los santos, he pasado en vela, rezando, una noche... Y Dios no me escucha. Andrés, cada vez más despeñado por el camino de esa afición maldita... Al verlo, ¿qué dirás que hice? ¿A que no lo adivinas? No, no puedes adivinarlo, porque es preciso hallarse en mi estado de ánimo, en la situación moral en que

no te apures—consolé yo—. ¡Lucifer no te hará caso!” Tengo presentes, hijo mío, todos los pormenores—prosiguió la señora, que al ver la atención creciente, dolorida, con que yo la escuchaba, iba dramatizando su historia—. A la mañana siguiente de esta conversación, veo llegar de nuevo a tu madre, medio loca. “¿Sabes lo que pasa? ¿Lo sabes?”, gritó, encarándose conmigo, en voz ronca y que apenas se entendía. “¡Ha perdido más Andrés!—supuse—. ¡Estáis completamente arruinados!” “¡Al contrario, al contrario! ¡Ojalá fuese eso! ¡Ha ganado todo lo que antes tuvo que pagar a Fadrique! Ha ganado sumas enormes, más de lo que Fadrique pudo pagarle, ¡mucho más...! Fadrique firmó pagarés, se comprometió de todas maneras, y lo mismo que él otros dos o tres jugadores... Somos más ricos que nunca... No te alegres... ¡Fadrique, hoy, al amanecer, se ha pegado un tiro en la cabeza!”

Mi tía calló. Yo miré alrededor. Experimentaba misteriosa sensación de algo que, en los rumores sombríos de la anticuada sala, se alzaba en incierta forma; chispas fosfóricas resplandecían entre el negro confuso. Iba cayendo la tarde, y los últimos reflejos del sol arrancaban luminosidades a los objetos dorados, a los cristales de la araña de La Granja, a una lámpara y un vaso de Venecia. En las pinturas devotas que adornaban la pared, una cabeza, un brazo torturado, emergían del fondo de betún.

—Me consta—añadió la tía Flora—que tu madre hizo penitencia, arrepentida de su voto impío... Me consta que jamás se consoló tu padre, y que a los dos la tragedia les abrevió la vida. No sé si hice bien en enterarte de este caso... Si hice mal, que ellos me perdonen...

Una lágrima árida rodó por las consumidas mejillas de la señora, y yo la sequé con mis labios sílales.



me encuentro yo hace días, para que idea semejante cruce por la imaginación. ¡Se necesita la desesperación, Flora, se necesita...!”, repeta con un acento y unos gestos que no te los sé pintar. “¡Bah!—exclamé tranquilizándola—. Cosa mala no la habrás hecho tú, pobrecita mía...” “¡Si la hice, sí! ¡He invocado al Enemigo! ¡Me he puesto en sus manos! ¡Le he pedido auxilio! ¡Ya ves, ya ves lo que pasa cuando está uno trastornado por la pena!” “Bueno, pues

—¿SABES LO QUE PARA?

—Has hecho bien, tía Flora. No sabes lo bien que has hecho. No se me olvidará tu confianza. No tengas remordimiento ninguno...

Labordan a Paul Angier

DEBIDOS DE VARELA DE SELIAS